

mento de las ideas..., y se le figuraba que aquella otra mujer, que nada adivinaba de su pena, de la rueda de ideas dolorosas que le andaba á ella por la cabeza, no era una mujer..., era una hilandera de marfil viejo.

V

Una tarde de Agosto, cuando ya el sol no quemaba y de soslayo sacaba brillo á la ropa blanca tendida en la huerta en declive, y encendía un diamante en la punta de cada hierba, que, cortada al rape por la guadaña, parecía punta de acero, doña Berta, después de contemplar desde la casa de arriba las blancuras y verdes de su dominio, con una brisa de alegría inmotivada en el alma, se puso á cantar una de aquellas *baladas* románticas que había aprendido en su inocente juventud, y que se complacía en recordar cuando no estaba demasiado triste, ni *Sabel* delante, ni cerca. En presencia de la criada, su vetusto sentimentalismo le daba vergüenza. Pero en la soledad completa, la dama sorda cantaba sin oírse, oyéndose por dentro, con desafi-

nación tan constante como melancólica, una especie de aires, que podrían llamarse el canto llano del romanticismo músico. La letra, apenas pronunciada, era no menos sentimental que la música, y siempre se refería á grandes pasiones contrariadas ó al reposo idílico de un amor pastoril y candoroso.

Doña Berta, después de echar una mirada por entre las ramas de perales y manzanos para ver si *Sabel* andaba por allá abajo, cerciorada de que no había tal estorbo en la huerta, echó al aire las perlas de su repertorio; y mientras, inclinada y regadera en mano, iba refrescando plantas de pimientos, y limpiando de caracoles árboles y arbustos (su prurito era cumplir con varias faenas á un tiempo), su voz temblorosa decía:

Ven, pastora, á mi cabaña,
Deja el monte, deja el prado,
Deja alegre tu ganado
Y ven conmigo á la mar...

Llegó al extremo de la huerta, y frente al postigo que comunicaba con el monte, bosque de robles, pinos y castaños, se irguió y meditó. Se le había antojado salir por allí,

meterse por el monte arriba entre helechos y zarzas. Años hacía que no se le había ocurrido tal cosa; pero sentía en aquel momento un poco de sol de invierno en el alma; el cuerpo le pedía aventuras, atrevimientos. ¡Cuántas veces, frente á aquel postigo, escondido entre follaje oscuro, había soñado su juventud que por allí iba á entrar su felicidad, lo inesperado, lo poético, lo ideal, lo inaudito! Después, cuando esperaba á su sueño de carne y hueso, á su capitán que no volvió, por aquel postigo le esperaba también. Dió vuelta á la llave, levantó el picaporte y salió al monte. A los pocos pasos tuvo que sentarse en el santo suelo, separando espinas con la mano; la pendiente era ardua para ella; además, le estorbaban el paso los helechos altos y las plantas con pinchós. Sentada á la sombra siguió cantando:

Y juntos en mi barquilla...

Un ruido en la maleza, que llegó á oír cuando ya estuvo muy próximo, le hizo callar, como un pájaro sorprendido en sus soledades; se puso en pie, miró hacia arriba y vió delante de sí un guapo mozo, como de

treinta años á treinta y cinco, moreno, fuerte, de mucha barba, y vestido, aunque con descuido—de cazadora y hongo flexible, pantalón demasiado ancho—con ropa que debía ser buena y elegante; en fin, le pareció un joven de la corte, á pesar del desaliño. Colgada de una correa pendiente del hombro, traía una caja. Se miraban en silencio, los dos parados. Doña Berta conoció que por fin el desconocido la saludaba, y, sin oírle, contestó inclinando la cabeza. Ella no tenía miedo, ¿por qué? Pero estaba pasmada y un poco contrariada. Un señorito tan señorito, tan de lejos, ¿cómo había ido á parar al bosque de Susacasa? ¡Si por allí no se iba á ninguna parte; si aquello era el finibusterre del...! La ofendía un poco un viajero que atravesaba sus dominios. Llegaron á explicarse. Ella, sin rodeos, le dijo que era sorda, y el ama de todo aquello que veía. ¿Y él? ¿Quién era él? ¿Qué hacía por allí? Aunque el recibimiento no fué muy cortés, ambos estaban comprendiendo que simpatizaban; ella comprendió más: que aquel señorito la estaba admirando. A las pocas palabras hablaban como buenos amigos; la exquisita amabili-

dad de ambos se sobrepuso á las asperezas del recelo, y cuando minutos después entraban por el postigo en la huerta, ya sabía doña Berta quién era aquel hombre. Era un pintor ilustre, que mientras dejaba en Madrid su última obra maestra colgada donde la estaba admirando media España, y dejaba á la crítica ocupada en cantar las alabanzas de su paleta, él huía del incienso y del estrépito, y á solas con su musa, la soledad, recorría los valles y vericuetos asturianos, sus amores del estío, en busca de efectos de luz, de matices del verde de la tierra y de los grises del cielo. Palmo á palmo conocía todos los secretos de belleza natural de aquellos repliegues de *la marina*; y por fin, más audaz ó afortunado que *romanos* y *moros*, había llegado, rompiendo por malezas y toda clase de espesuras, al mismísimo bosque de Zaornín y al monte mismísimo de Susacasa, que era como llegar al riñón del riñón del misterio.

—¿Le gusta á usted todo esto?—preguntaba doña Berta al pintor, sonriéndole, sentados los dos en un sofá del salón, que resonaba con las palabras y los pasos.

—Sí, señora; mucho, muchísimo—respon-

dió el pintor con voz y gesto para que se le entendiera mejor.

Y añadió por lo bajo:

—Y me gustas tú también, anciana insigne, *bargueño* humano.

En efecto; el ilustre artista estaba encantado. El encuentro con doña Berta le había hecho comprender el interés que puede dar al paisaje un alma que lo habita. Susacasa, que le había hecho cantar, al descubrir sus espesuras y verdores, acordándose de Gayarre:

O paradiso...

Tu m'apartieni...

adquiría de repente un sentido dramático, una intención espiritual al mostrarse en medio del monte aquella figura delgada, *llena de dibujo* en su flaqueza, y cuyos *colores* podían resumirse diciendo: cera, tabaco, ceniza. Cera la piel, ceniza la cabeza, tabaco los ojos y el vestido. Poco á poco doña Berta había ido escogiendo, sin darse cuenta, batas y chales del color de las hojas muertas; y en cuanto á su cabellera, algo rizada, al secarse se había quedado en cierto matiz que no era el blanco de plata, sino el recuerdo del color antiguo, más melan-

cólico que el blanco puro, como ese obstinado rosicler del crepúsculo en los días largos, que no se decide á ceder el horizonte al negro de la noche. Al pintor le parecía aquella dama con aquellos colores y aquel dibujo *ojival*, copia de una miniatura en marfil. Se le antojaba escapada del *país* de un abanico precioso de fecha remota. Según él, debía de oler á sándalo.

El artista aceptó el chocolate y el dulce de conserva que le ofreció doña Berta de muy buena gana. Refrescaron en la huerta, debajo de un laurel real, hijo ó nieto del *otro*. Habían hablado mucho. Aunque él había procurado que la conversación le dejase en la sombra, para observar mejor, y fuese toda la luz á caer sobre la historia de la anciana y sobre sus dominios, la curiosidad de doña Berta, y al fin el placer que siempre causa comunicar nuestras penas y esperanzas á las personas que se muestran *inteligentes* de corazón, hicieron que el mismo pintor se olvidara á ratos de su *estudio* para pensar en sí mismo. También contó su historia, que venía á ser una serie de ensueños y otra serie de cuadros. En sus cuadros iba su carácter. Naturaleza rica, risueña, pero mis-

teriosa, casi sagrada, y figuras dulces, *entrañables*, tristes ó heroicas, siempre modestas, recatadas... y sanas. Había pintado un amor que había tenido en una fuente; el público se había enamorado también de su *colunguesa*; pero él, el pintor, al volver por la primavera, tal vez á casarse con ella, la encontró muriendo tísica. Como este recuerdo le dolía mucho al pintor, por egoísmo volvió á olvidarse de sí mismo; y por asociación de ideas, con picante curiosidad, osó preguntar á aquella dama, entre mil delicadezas, si ella no había tenido amores y qué había sido de ellos. Y doña Berta, ante aquella dulzura, ante aquel candor retratado en aquella sonrisa del *genio* moreno, lleno de barbas; ante aquel dolor de un amante que había sido leal, sintió el pecho lleno de la muerta juventud, como si se lo inundara de luz misteriosa la presencia de un *aparecido*, el amor suyo; y con el espíritu retozón y aventurero que le había hecho cantar poco antes y salir al bosque, se decidió á hablar de sus amores, omitiendo el incidente deshonroso, aunque con tan mal arte, que el pintor, hombre de mundo, atando cabos y aclarando obscurida-

des que había notado en la narración anterior referente á los Rondaliegos, llegó á suponer algo muy parecido á la verdad que se ocultaba; igual en sustancia. Así que, cuando ella le preguntaba si, en su opinión, el capitán había sido un traidor ó habría muerto en la guerra, él pudo apreciar en su valor la clase de traición que habría que atribuir al *liberal*, y se inclinó á pensar, por el carácter que ella le había pintado, que el amante de doña Berta no había vuelto... porque no había podido. Y los dos quedaron silenciosos, pensando en cosas diferentes. Doña Berta pensaba: «¡Parece mentira, pero es la primera vez en la vida que hablo con otro de estas cosas!» Y era verdad; jamás en sus labios habían estado aquellas palabras, que eran toda la historia de su alma. El pintor, saliendo de su meditación, dijo de repente algo por el estilo:

—A mí se me figura en este momento ver la causa de la eterna ausencia de *su* capitán, señora. Un espíritu noble como el suyo, un caballero de la calidad de ese que usted me pinta, vuelve de la guerra á cumplir á su amada una promesa..., á no ser que la muerte gloriosa le otorgue antes sus favo-

res. *Su* capitán, á mi entender, no volvió..., porque, al ir á recoger la absoluta, se encontró con lo *absoluto*, el deber; ese *liberal*, que por la sangre de sus heridas mereció conocer á usted y ser amado, mi respetable amiga; ese capitán, por su sangre, perdió el logro de su amor. Como si lo viera, señora: no volvió porque murió como un héroe...

Iba á hablar doña Berta, cuyos ojillos brillaban con una especie de locura mística; pero el pintor tendió una mano, y prosiguió diciendo:

—Aquí nuestra historia se junta, y verá usted cómo hablándola del *por qué* de mi último cuadro, el que me alaban propios y extraños, sin que él merezca tantos elogios, queda explicado el *por qué* yo presumo, *siento*, que el capitán de *usted* se portó como el *mío*. Yo también tengo mi capitán. Era un amigo del alma...; es decir, no nos tratamos mucho tiempo; pero su muerte, su gloriosa y hermosa muerte, le hizo el íntimo de mis visiones de pintor que aspira á poner un corazón en una cara. Mi último cuadro, señora, ese de que hasta usted, que nada quiere saber del mundo, sabía algo por los periódicos que vienen envolviendo

garbanzos y azúcar, es... seguramente el menos malo de los míos. ¿Sabe usted por qué? Porque lo vi de repente, y lo vi en la realidad primeró. Años hace, cuando la segunda guerra civil, yo, aunque ya conocido y estimado, no había alcanzado esto que llaman... la celebridad, y acepté, porque me convenía para mi bolsa y mis planes, la plaza de corresponsal que un periódico ilustrado extranjero me ofreció, para que le dibujase cuadros de actualidad, de costumbres españolas, y principalmente de la guerra. Con este encargo, y mi gran afición á las emociones fuertes, y mi deseo de recoger datos dignos de crédito para un gran cuadro de heroísmo militar con que yo soñaba, me fui á la guerra del Norte, resuelto á ver muy de cerca todo lo más serio de los combates, de modo que el peligro de mi propia persona me facilitase esta proximidad apetecida. Busqué, pues, el peligro, no por él, sino por estar *cerca* de la muerte heroica. Se dice, y hasta lo han dicho escritores insignes, que en la guerra *cada cual* no ve nada grande, nada poético. No es verdad esto... para un pintor. A lo menos para un pintor de mi carácter. Pues bueno; en

aquella guerra conocí á *mi* capitán; él me permitió lo que acaso la disciplina no autorizaba: estar á veces donde debía estar un soldado. Mi capitán era un bravo y un jugador; pero jugaba tan bien, era tan pundonoroso, que el juego en él parecía una virtud, por las muchas buenas cualidades que le daba ocasión para ejercitar. Un día le hablé de su arrojo temerario, y frunció el ceño. «Yo no soy temerario, me dijo con mal humor; ni siquiera valiente; tengo obligación de ser casi un cobarde... Por lo menos debo mirar por mi vida. Mi vida no es mía...; es de un acreedor. Un compañero, un oficial, no ha mucho me libró de la muerte, que iba á darme yo mismo, porque, por primera vez de mi vida, había jugado lo que no tenía, había perdido una cantidad... que no podía entregar al *contrario*; mi compañero, al sorprender mi desesperación, que me llevaba al suicidio, vino en mi ayuda; pagué con su dinero..., y ahora debo dinero, vida y gratitud. Pero el amigo me advirtió, después que ya era imposible devolverle aquella suma, que con ella había puesto su honra en mis manos...—Vive, me dijo, para pagarme trabajando, ahorrando,

como puedas: esa cantidad de que hoy pude disponer, y dispuse para salvar tu vida, tendré un día que entregarla. y si no la entrego, pierdo la fama. *Vive* para ayudarme á recuperar esa fortunilla y salvar mi honor.—Dos honras, la suya y la mía, penden, pues, de mi existencia; de modo, señor artista, que huyo ó debo huir de las balas. Pero tengo dos vicios: la guerra y el juego: y como ni debo jugar ni debo morir, en cuanto honrosamente pueda, pediré la absoluta; y, entre tanto, seré aquí muy prudente.» Así, señora, poco más ó menos me habló *mi capitán*; y yo noté que al siguiente día, en un encuentro, no se aventuró demasiado; pero pasaron semanas, hubo choques con el enemigo y él volvió á ser temerario; mas yo no volví á decirle que me lo parecía. Hasta que, por fin, llegó *el día de mi cuadro...*

El pintor se detuvo. Tomó aliento, reflexionó á su modo, es decir, recompuso en su fantasía el *cuadro*, no según *su obra maestra*, sino según la realidad se lo había ofrecido.

Doña Berta, asombrada, agradeciendo al artista las voces que éste daba para que ella

no perdiese ni una sola palabra, escuchó la historia del cuadro célebre, y supo que en un día ceniciento, frío, una batalla decisiva había llevado á los soldados de aquel *capitán* al extremo de la desesperación, que acaba en la fuga vergonzosa ó en el heroísmo. Iban á huir todos, cuando el jugador, el que debía su vida á un acreedor, se arrojó á la muerte segura, como arrojaba á una carta toda su fortuna; y la muerte le rodeó como una aureola de fuego y de sangre; á la muerte y á la gloria arrastró consigo á muchos de los suyos. Mas antes hubo un momento, el que se había grabado como á la luz de un relámpago en el recuerdo del artista, llenando su fantasía; un momento en que en lo alto de un reducto, el *capitán* jugador brilló solo, como en una apoteosis, mientras más abajo y más lejos los soldados vacilaban, el terror y la duda pintados en el rostro.

—El gesto de aquel hombre, el que milagrosamente pude conservar con absoluta exactitud y trasladarlo á mi *idea*, era de una expresión singular, que lo apartaba de todo lo clásico y de todo lo convencional; no había allí las líneas *canónicas* que po-

33220

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No 1625 MONTERREY, MEXICO

drian mostrar el entusiasmo bélico, el patriotismo exaltado; era otra cosa muy distinta...; había dolor, había remordimientos, había la pasión ciega y el impulso soberano en aquellos ojos, en aquella frente, en aquella boca, en aquellos brazos; bien se veía que aquel soldado caía en la muerte heroica como en el abismo de una tentación fascinadora á que en vano se resiste. El público y la crítica se han enamorado de *mi* capitán; ha traducido cada cual á su manera aquella *idealidad* del rostro y de todo el gesto; pero todos han visto en ello lo mejor del cuadro, lo mejor de mi pñcel; ven una lucha espiritual misteriosa, de fuerza intensa, y admiran sin comprender, echándose á adivinar al explicar su admiración. El secreto de mi triunfo lo sé yo; es éste, señora, lo que yo vi aquel día en aquel hombre que desapareció entre el humo, la sangre y el pánico, que después vino á oscurecerlo todo. Los demás tuvimos que huir al cabo; su heroísmo fué inútil...; pero mi cuadro conservará su recuerdo. Lo que no sabrá el mundo es que *mi* capitán murió faltando á su *palabra* de no buscar el peligro...

—¡Así murió *el mío!*— exclamó exaltada

doña Berta, poniéndose en pie, tendiendo una mano como inspirada.—¡Sí, el corazón me grita que él también me abandonó por la muerte gloriosa!

Y doña Berta, que en su vida había hecho frases ni ademanes de sibilla, se dejó caer en su silla, llorando, llorando con una solemnidad que sobrecogió al pintor y le hizo pensar en una estatua de la Historia vertiendo lágrimas sobre el polvo anónimo de los heroísmos oscuros, de las grandes virtudes desconocidas, de los grandes dolores sin crónica.

Pasó una brisa fría; tembló la anciana, levantóse, y con un ademán indicó al pintor que la siguiera. Volvieron al salón; y doña Berta, medio tendida en el sofá, siguió sollozando.

VI

Sabelona entró silenciosa y encendió todas las luces de los candelabros de plata que adornaban una consola. Le pareció á ella que era toda una inspiración, para dar *tono* á la casa, aquella ocurrencia de ilumi-

nar, sin que nadie se lo mandara, el salón oscuro. La noche se echaba encima sin que lo notaran ni el pintor ni doña Berta. Mientras ésta ocultaba el rostro con las manos, porque Sabel no viera su enternecimiento, el artista se puso á pasear sus emociones hondas y vivas por el largo salón, cabizbajo. Pero al llegar junto á la consola, la luz le llamó la atención, levantó la cabeza, miró en torno de sí, y vió en la pared, cara á cara, el retrato de una joven vestida y peinada á la moda de hacia cuarenta y más años. Tardó en distinguir bien aquellas facciones; pero cuando por fin la imagen completa se le presentó con toda claridad, sintió por todo el cuerpo el ziszás de un escalofrío como un latigazo. Por señas preguntó á Sabelona quién era la dama pintada; y Sabel, con otro gesto y gran tranquilidad, señaló á la anciana, que seguía con el rostro escondido entre las manos. Salió Sabelona de la estancia en puntillas, que este era su modo de respetar los dolores de los *amos* cuando ella no los comprendía; y el pintor, que, pálido y como con miedo, seguía contemplando el retrato, no sintió que dos lágrimas se le asomaban á los ojos. Y

cuando volvió á su paseo sobre los tablones de castaño, que crujían, iba pensando: «Estas cosas no caben en la pintura; además, por lo que tienen de *casuales*, de inverosímiles, tampoco caben en la poesía; no caben más que en el mundo... y en los corazones que saben sentirlos.» Y se paró á contemplar á doña Berta, que, ya más serena, había cesado de llorar, pero con las manos cruzadas sobre las flacas rodillas, miraba al suelo con ojos apagados. El amor muerto, como un aparecido, volvía á pasar por aquel corazón arrugado, yerto; como una brisa perfumada en los jardines, que besa después los mármoles de los sepulcros.

—Amigo mío—dijo la anciana, poniéndose en pie y secando las últimas lágrimas con los flacos dedos, que parecían raíces;—hablando de mis cosas se nos ha pasado el tiempo, y usted... ya no puede buscar albergue en otra parte; llega la noche. Lo siento por el qué dirán—añadió sonriendo;—pero... tiene usted que quedarse á cenar y á dormir en Posadorio.

El pintor aceptó de buen grado y sin necesidad de ruegos.

—Pienso pagar la posada—dijo.

—¿Cómo?

—Sacando mañana una copia de ese retrato; unos apuntes para hacer después en mi casa otro... que sea como ése, en cuanto á la semejanza con el original... si es que la tiene.

—Dicen que sí—interrumpió doña Berta, encogiendo los hombros con una modestia póstuma, graciosa en su triste indiferencia.—Dicen—prosiguió—que se parece como una gota á otra gota, á una Berta Rondaliego, de que yo apenas hago memoria.

—Pues bien; mi copia, dicho sea sin jactancia... será algo menos mala que ésa, en cuanto pintura...; y exactamente fiel en el parecido.

Y dicho y hecho; á la mañana siguiente, el pintor, que había dormido en el lecho de nogal en que había expirado el último Rondaliego, se levantó muy temprano; hizo llevar el cuadro á la huerta, y allí, al aire libre, comenzó su tarea. Comió con doña Berta, contemplándola atento cuando ella no le miraba, y después del café continuó su trabajo. A media tarde, terminados sus apuntes, recogió sus bártulos, se despidió

con un cordialísimo abrazo de su nueva amiga, y por el Aren adelante desapareció entre la espesura, dando el último adiós desde lejos con un pañuelo blanco que tremolaba como una bandera.

Otra vez se quedó sola doña Berta con sus pensamientos; pero ¡cuán otros eran! *Su capitán*, de seguro, no había vuelto porque no había podido; no había sido un malvado, como decían los hermanos; había sido un héroe... Sí, lo mismo que el *otro*, el capitán del pintor, el jugador que jugaba hasta la honra por ganar la gloria... Los remordimientos de doña Berta, que aún más que remordimientos eran *saudades*, se irritaron más y más desde aquel día en que una co razonada le hizo creer con viva fe que su amante había sido un héroe, que había muerto en la guerra, y por eso no había vuelto á buscarla. Porque siendo así, ¡qué cuentas podía pedirle de su *hijo*! ¿Qué había hecho ella por encontrar al *fruto de sus amores*? Poco más que nada; se había dejado aterrar, y recordaba con espanto los días en que ella misma había llegado á creer que era remachar el clavo de su ignominia emprender clandestinas pesquisas en

busca de su hijo. Y ahora... ¡qué tarde era ya para todo!... El hijo, ó había muerto en efecto, ó se había perdido para siempre. No era posible ni soñar con su rastro. Ella misma había perdido en sus entrañas á la madre...; era ya una abuela. Una vaga conciencia le decía que no podía sentir con la fuerza de otros tiempos; las menudencias de la vida ordinaria, la prosa de sus quehaceres la distraían á cada momento de su dolor, de sus meditaciones; volvían, era verdad, pero duraban poco en la cabeza, y aquel ritmo constante del olvido y del recuerdo llegaba á marearla. Ella propia llegaba á pensar: «¡Es que estoy chocha! Esto es una manía, más que un sentimiento.» Y con todo, á ratos pensaba, particularmente después de cenar, antes de acostarse, mientras se paseaba por la espaciosa cocina á la luz del candil de Sabelona, pensaba que en ella había una recóndita energía que la llevaría á un gran sacrificio, á una absoluta abnegación... si hubiera asunto para esto.— «¡Oh! ¡Adónde iría yo por mi hijo... vivo ó muerto! Por besar sus huesos pelados ¡qué años no daría, si no de vida, que ya no puedo ofrecerla, qué años de gloria pasándolos

de más en el purgatorio! O porque yo soy como un sepulcro, un alma que ya se descompone, ó porque presiento la muerte, sin querer pienso siempre, al figurarme que busco y encuentro á mi hijo..., que doy con sus restos, no con sus brazos abiertos para abrazarme.» Imaginando estas y otras amarguras semejantes, sorprendió á doña Berta el mensaje que, al cabo de ocho días, le envió el pintor por un propio. Un aldeano, que desapareció en seguida sin esperar propina ni refrigerio, dejó en poder de doña Berta un gran paquete que contenía una tarjeta del pintor y dos retratos al óleo; uno era el de Berta Rondaliego, copia fiel del cuadro que estaba sobre la consola en el salón de Posadorio, pero copia idealizada y llena de expresión y vida, gracias al arte verdadero. Doña Berta, que apenas se reconocía en el retrato del salón, al mirar el nuevo, se vió de repente en un espejo... de hacía más de cuarenta años. El otro retrato que le enviaba el pintor tenía un rótulo al pie, que decía en letras pequeñas, rojas: «Mi capitán.» No era más que una cabeza: doña Berta, al mirarlo, perdió el aliento y dió un grito de espanto. Aquel *mi capitán*

era también el *suyo*... el *suyo*, mezclado con ella misma, con la Berta de hacía cuarenta años, con la que estaba allí al lado... Juntó, confrontó las telas, vió la semejanza perfecta que el pintor había visto entre el retrato del salón y el *capitán* de sus recuerdos, y de su obra maestra; pero además, y sobre todo, vió otra semejanza, aún más acentuada, en ciertas facciones y en la expresión general de aquel rostro, con las facciones y la expresión que ella podía evocar de la imagen que en su cerebro vivía, grabada con el buril de lo indeleble, como la gota labra la piedra. El amor único, muerto, siempre escondido, había plasmado en su fantasía una imagen fija, indestructible, parecida á su modo á ese granito pulimentado por los besos de muchas generaciones de creyentes que van á llorar y esperar sobre los pies de una Virgen ó de un santo de piedra. El *capitán* del pintor era como una restauración del retrato del otro capitán que ella veía en su cerebro, algo borrado por el tiempo, con la pátina obscura de su escondido y prolongado culto; ahumado por el holocausto del amor antiguo, como lo están los cuadros de iglesia por la cera y el

incienso. Ello fué que cuando Sabelona vino á llamar á doña Berta, la encontró pálida, desencajado el rostro y medio desvanecida. No dijo más que «Me siento mal», y dejó que la criada la acostara. Al día siguiente vino el médico del concejo, y se encogió de hombros. No recetó. «Es cosa de los años», dijo. A los tres días, doña Berta volvía á correr por la casa más ágil que nunca, y con un brillo en los ojos que parecía de fiebre. Sabelona vió con asombro que á la siguiente madrugada salía de Posadorio un propio con una carta lacrada. ¿A quién escribía la señorita? ¿Qué podía haber en el mundo, por allá lejos, que la importase á ella? El ama había escrito al pintor; sabía su nombre y el del concejo en que solía tener su posada durante el verano; pero no sabía más, ni el nombre de la parroquia en que estaba el rústico albergue del artista, ni si estaría él entonces en su casa, ó muy lejos, en sus ordinarias excursiones.

El propio volvió á los cuatro días, sin contestación y sin la carta de la señorita. Después de muchos afanes, de mil pesquisas, en la capital del concejo le habían admitido la misiva, dándole seguridades de entregar

el pliego al pintor, que estaría de vuelta en aquella fonda en que esto le decían, antes de una semana. Buscarle inmediatamente era inútil. Podía estar muy cerca, ó á veinte leguas. Se deslizaron días y días, y doña Berta aguardaba en vano, casi loca de impaciencia, noticias del pintor. En tanto, su carta, en que iba entre medias palabras el secreto de su honra, andaba por el mundo en manos de Dios sabía quién. Pasaron tristes semanas, y la pobre anciana, de flaquísima memoria, comenzó á olvidar lo que había escrito al pintor. Recordaba ya sólo, vagamente, que le declaraba de modo implícito *su pecado*, y que le pedía, por lo que más amase, noticias de *su capitán*: ¿cómo se llamaba? ¿quién era? ¿su origen? ¿su familia? y además quería saber quién había dado aquel dinero al pobre héroe que había muerto sin pagar; cómo sería posible encontrar al acreedor... Y, por último, ¡qué locura! le preguntaba por el *cuadro*, por la obra maestra. ¿Era suya aún? ¿Estaba ya vendida? ¿Cuánto podría costar? ¿Alcanzaría el dinero que le quedase á ella, después de vender todo lo que tenía y de pagar al acreedor del... *capitán*, para comprar el

cuadro? Sí, de todo esto hablaba en la carta, aunque ya no se acordaba cómo; pero de lo que estaba segura era de que no se volvía atrás. En la cama, en los pocos días que tuvo que permanecer en ella, había resuelto aquella *locura*, de que no se arrepentía. Sí, sí, estaba resuelta; quería pagar la deuda de su *hijo*, quería comprar el *cuadro* que representaba la muerte heroica de su hijo, y que contenía el *cuerpo entero* de su hijo en el momento de perder la vida. Ella no tenía idea aproximada de lo que podían valer Susacasa, Posadorio y el Aren vendidos; ni la tenía remota siquiera de la deuda de su hijo y del precio del cuadro. Pero no importaba. Por eso quería enterarse, por eso había escrito al pintor. Las razones que tenía para su locura eran bien sencillas. Ella no le había dado nada suyo al hijo de sus entrañas, mientras el infeliz vivió; ahora muerto *le encontraba*, y quería dárselo todo; la honra de su hijo era la suya; lo que debía él lo debía ella, y quería pagar, y pedir limosna; y si después de pagar quedaba dinero para comprar el cuadro, comprarlo y morir de hambre; porque era como tener la sepultura de los dos *capitanes*, restaurar

su honra, y era además tener la imagen fiel del hijo adorado y el reflejo de otra imagen adorada. Doña Berta sentía que aquella fortísima, absoluta, irrevocable resolución suya debía acaso su fuerza á un impulso invisible, extraordinario, que se le había metido en la cabeza como un cuerpo extraño que lo tiranizaba todo. «Esto, pensaba, será que definitivamente me he vuelto loca; pero, mejor, así estoy más á gusto, así estoy menos inquieta; esta resolución es un asidero; más vale el dolor material que de aquí venga, que aquel *tic-tac* insufrible de mis antiguos remordimientos, aquel ir y venir de las mismas ideas...» Doña Berta, para animarse en su resolución heroica, para llevar á cabo su sacrificio sin esfuerzo, por propio deseo y complacencia, y no por aquel impulso irresistible, pero que no le parecía *suyo*, se consagraba á irritar su amor maternal, á buscar ternuras de madre... y no podía. Su espíritu se fatigaba en vano; las imágenes que pudieran enternecerla no acudían á su mente; no sabía cómo *se era madre*. Quería figurarse á su hijo, niño, abandonado... sin un regazo para su inocencia... No podía; el hijo que ella veía era un bravo

capitán, de pie sobre un reducto, entre fuego y humo...; era la cabeza que el pintor le había regalado. «Esto es, se decía, como si á mis años me quisiera enamorar... y no pudiera.» Y sin embargo, su resolución era absoluta. Con ayuda del pintor, ó sin ella, buscaría el cuadro, lo vería, ¡oh, sí, verlo antes de morir! y buscaría al acreedor ó á sus herederos, y les pagaría la deuda de su hijo. «Parece que hay dos almas, se decía á veces; una que se va secando con el cuerpo, y es la que imagina, la que siente con fuerza, pintorescamente; y otra alma más honda, más pura, que llora sin lágrimas, que ama sin memoria y hasta sin latidos... y esta alma es la que Dios se debe de llevar al cielo.»

Transcurridos algunos meses sin que llegara noticia del pintor, doña Berta se decidió á obrar por sí sola: á Sabelona no había para qué enterarla de nada hasta el momento supremo, el de separarse. ¡Adiós, Zaorín, adiós Susacasa, adiós Aren, adiós Posadorio!—El ama recibió una visita que sorprendió á Sabel y le dió mala espina.

El Sr. Pumariega, D. Casto, notario retirado de la profesión y usurero en activo ser-

vicio, ratón del campo, esponja del concejo, gran coleccionista de fincas de pan llevar y toda clase de bienes raíces, se presentó en Posadorio preguntando por la señorita de Rondaliego con aquella sonrisa eterna que había hecho llorar lágrimas de sangre á todos los desvalidos de la comarca. Este señor vivía en la capital del concejo, á varios kilómetros de Zaornín. Se presentó á caballo; se apeó, encargó, siempre sonriendo, que le echasen hierba á la jaca, pero no de la nueva, y, pensándolo mejor, se fué él mismo á la cuadra, y con sus propias manos llenó el pesebre de heno.

Todavía llevaba algunas hierbas entre las barbas, y otras pegadas en el cristal de las gafas, cuando doña Berta le recibió en el salón, pálida, con la voz temblorosa, pero resuelta al sacrificio. Sin rodeos se fué al asunto, al negocio; hubiera sido absurdo y hasta una vergüenza enterar al Sr. Pumariega de los motivos sentimentales de aquella extraña resolución. El porqué no lo supo D. Casto; pero ello era que doña Berta necesitaba, en dinero que ella se pudiera llevar en el bolsillo, todo lo que valiera, bien vendido, Susacasa con su Aren y con

Posadorio inclusive. La casa, sus dependencias, la llosa, el bosque, el prado, todo... pero en dinero. Si se le daban los cuartos en préstamo, con hipoteca de las fincas dichas, bien, ella no pensaba pagar muchos intereses, porque esperaba morir pronto, y el Sr. Pumariega podía cargar con todo; si no quería él este negocio, la venta, la venta en redondo.

Cuando el Sr. Pumariega iba á pasmarse de la resolución casi sobrenatural de la Rondaliego, se acordó de que mucho más útil era pasar desde luego á considerar las ventajas del trato, sin sorpresa de ningún género. La admiración no venía á cuento, sobre todo desde el momento en que se le proponía un buen negocio. Así, pues, como si se tratase de venderle unas cuantas pipas de manzana ó la hierba de aquella otoñada, D. Casto entró *de lleno* en el asunto, sin manifestar sorpresa ni curiosidad siquiera.

Y siguiendo su costumbre, al exponer sus argumentos para demostrar las ventajas del préstamo con hipoteca, llamaba á los contratantes A y B. «El prestamista B, la hipoteca H, el predio C...» Así hablaba don

Casto, que odiaba los personalismos, y no veía en la *parte contraria* jamás un sér vivo, un semejante, sino una *letra*, elemento de una fórmula que había que eliminar. Doña Berta, que á fuerza de administrar muchos años sus intereses había adquirido cierta experiencia y alguna malicia, se veía como una mosca metida en la red de la araña; pero le importaba poco. D. Casto insistía en querer engañarla, en hacerla ver que no perdía á Susacasa necesariamente en las combinaciones que él la proponía; ella fingió que caía en la trampa; comprendió que de aquella aventura salía Pumariega dueño de los dominios de Rondaliego, pero en eso precisamente consistía el sacrificio; á eso iba ella, á que la crucificara aquel sayón. Y decidido esto, lo que la tenía anhelante, pendiente de los labios del judío, obsequioso, hasta adulator y servil, era... la cantidad, los miles de duros que había de entregarle el ratón del campo. Al fijar números D. Casto, doña Berta sintió que el corazón le saltaba de alegría; el usurero ofrecía mucho más de lo que ella podía esperar; no creía que sus dominios mermados y empobrecidos pudieran responder de tantos mi-

les de duros.—Cuando Pumariega salía de Posadorio, Sabelona y el casero, que le ayudaban á montar mirándole de reojo, le vieron sonreír como siempre; pero además los ojuelos le echaban chispas que atravesaban los cristales de las gafas. Poco después, en una altura que dominaba á Zaornín, don Casto se detuvo y dió vuelta al caballo para contemplar el perímetro y el buen aspecto de sus *nuevas posesiones*. Siempre llamaba él *posesión*, por falsa modestia, á lo que sabía hacer suyo con todas las áncoras y garras del dominio quirritario que le facilitaban el papel sellado y los libros del Registro. Tres días después estaba Pumariega otra vez en Posadorio acompañado del nuevo notario, obra suya, y de varios testigos y peritos, todos sus deudores. No fué cosa tan sencilla y breve como doña Berta deseaba, y se había figurado, dejar toda la lana á merced de las frías tijeras del Sr. Pumariega; éste quería seguridades de mil géneros y aturdir á la *parte contraria*, á fuerza de ceremonias y complicaciones legales. Á lo único que se opuso con toda energía doña Berta fué á *personarse* en la capital del concejo. Eso no; ella no quería

moverse de Susacasa... hasta el día de salir á tomar el tren de Madrid. Todo se arregló, en fin, y doña Berta vió el momento de tener en su cofrecillo de secretos antiguos los miles de duros que le *prestaba* el usure-ro. Bien comprendía ella que para siempre jamás se despedía de Posadorio, del Aren, de todo... ¿Cómo iba á pagar nunca aquel dineral que le entregaban? ¿Cómo había de pagar siquiera, si vivía algunos años, los intereses? Podría haber un milagro. Sólo así. Si el milagro venía, Susacasa seguiría siendo suyo, y siempre era una ventaja esta esperanza, ó por lo menos un consuelo.—Sí; todo lo perdía. Pero el caso era pagar las deudas de su hijo, comprar el cuadro... y después morir de hambre si era necesario.—¿Y Sabelona? D. Casto había dado á entender bien claramente que él necesitaba *garantías* para la seguridad de su hipoteca mediante la vigilancia de un diligentísimo padre de familia sobre los bienes en que la dicha hipoteca consistía; él no tenía inconveniente en que el *casero* siguiera en la *casería* por ahora; pero en cuanto á las llaves de Posadorio y al cuidado del *palacio* y sus dependencias... prefería que corriesen de

su propia cuenta. De modo que Sabelona no podía quedar en Posadorio. El ama vaciló antes de proponerla llevársela consigo; era cuestión de gastos; había que hacer economías, mermar lo menos posible su caudal, que ella no sabía si podría alcanzar á la deuda y al precio del cuadro; todo gasto de que se pudiese prescindir, había que suprimirlo.—Sabelona era una boca más, un huésped más, un viajero más. Doble gasto casi.—Con todo, prometiéndose ahórrar este dispendio en el regalo de su propia persona, doña Berta propuso á la criada llevarla á Madrid consigo.

Sabelona no tuvo valor para aceptar. Ella no se había vuelto loca como el ama, y veía el peligro. Demasiadas desgracias le caían encima sin buscar esa otra, la mayor, la muerte segura. ¡Ella á Madrid!—Siempre había pensado en esas cosas de tan lejos vagamente, como en la otra vida; no estaba segura de que hubiera países tan distantes de Susacasa... ¡Madrid! El tren... tanta gente... tantos caminos... ¡Imposible! Que dispensara el ama, pero Sabel no llegaba en su cariño y lealtad á ese extremo. Se le pedía una acción heroica, y ahí no llegaba

ella. Sabelona, como San Pedro, negó á su señora, desertó de su locura ideal, la abandonó en el peligro, al pie de la cruz. Así como si doña Berta se estuviera muriendo, Sabelona lo sentiría infinito, pero no la acompañaría á la sepultura, así la abandonaba al borde del camino de Madrid. La criada tenía unos parientes lejanos en un concejo vecino, y allá se iría, bien á su pesar, durante la ausencia del ama, ya que el señor Pumariega quería llevarse las llaves de Posadorio, contra todas las leyes divinas y humanas, según Sabel.

—Pero ¿no es usted el ama? ¿Qué tiene él que mandar aquí?

—Déjame de cuentos, Isabel; manda todo lo que quiere, porque es quien me da el dinero. Esto es ya como suyo.

Doña Berta sintió en el alma que su compañera de tantos años, de toda la vida, la abandonase en el trance supremo á que se arriesgaba; pero perdonó la flaqueza de la criada, porque ella misma necesitaba de todo su valor, de su resolución inquebrantable, para salir de su casa y meterse en aquel laberinto de caminos, de pueblos, de ruido y de gentes extrañas, *enemigas*.—

Suspiró la pobre señora, y se dijo: «Ya que Sabel no viene... me llevaré el *gato*.» Cuando la criada supo que el *gato* también se iba, le miró asustada, como consultándole. No le parecía justo, valga la verdad, abusar del pobre animal porque no podía decir que no, como ella; pero si supiese en la que le metían, estaba segura de que tampoco el *gato* querría acompañar á su dueña. Sabel no se atrevió, sin embargo, á oponerse, por más que el animalito le había traído ella á casa; era, en rigor, suyo. Ella tampoco podría llevarlo á casa de los parientes lejanos: *dos bocas* más eran demasiado. Y en Posadorio no podía quedar solo, y menos con don Casto, que lo mataría de hambre. Se decidió que el *gato* iría á Madrid con doña Berta.

VII

Una mañana se levantó Sabelona de su casto lecho, se asomó á una ventana de la cocina, miró al cielo, con una mano puesta delante de los ojos á guisa de pantalla, y con gesto avinagrado y voz más agria toda-